



LIUBLIANA
ESLOVENIA

ZAGREB

CROACIA

ESTE DI
ESLAVON
VIŠNJI

ISTRIA

PULA

BRČKO

BOSNIA Y
HERCEGOVINA

SREB

SARAJEVO

GORA

Mar Adriático

ŽILICA

REPÚBLICA FEDERATIVA SOCIALISTA DE
YUGOSLAVIA
EN EL AÑO 1991

Yugoslavia, mi tierra



Goran Vojnović

Yugoslavia, mi tierra

Traducción del esloveno de Simona Škrabec

Primera edición, 2017

Título original: *Jugoslavija, moja dežela*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Beletrina Academic Press, 2012

www.beletrina.si

© de la traducción y notas, Simona Škrabec, 2017

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Revisión de primeras pruebas: Inés Marcos

Mapa de Yugoslavia: Alfonso Rodríguez

Imagen de cubierta: © Shanina/iStock

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-00-3

Depósito legal: B.1.417-2017

Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

The translation of this work gained financial support by the Trubar Foundation, sited at the Slovene Writers' Association, Ljubljana, Slovenia.

Índice

YUGOSLAVIA, MI TIERRA 9

NOTAS 357

Yugoslavia, mi tierra¹

Para Bárbara

Mi niñez terminó de golpe una mañana cualquiera a principios del verano de 1991. Hacía bochorno y, desde que se habían levantado, los adultos solo hablaban de la conveniencia de que cayera una tormenta por la tarde. Los niños nos preguntábamos, sin capacidad de comprender, por qué toda esa gente de Šijana, que no poseía huertas donde plantar sus tomates y lechugas, necesitaba con tanta urgencia una lluvia que a nosotros nos impediría bañarnos en el mar. Nuestro mundo era distinto del mundo de nuestros padres. Los adultos eran para nosotros seres de otro planeta. Llamaban nuestra atención si tenían alguna peculiaridad, si eran mancos, si se dejaban crecer la barba hasta la cintura y el pelo hasta el suelo, si vestían como indios, si lucían tatuajes interesantes en la espalda o si sus bíceps se podían comparar con los de John Rambo en su película original y sus dos secuelas.

Aquella calurosa mañana nos disponíamos a salir a la búsqueda de uno de aquellos adultos extravagantes. Mario y Siniša no podían creer que yo todavía no me hubiera topado con aquel tipo de la protuberancia de

color rojo en la frente. Muchos se explicaban la anomalía como un enorme tumor cerebral. Otros llamaban a su mal *bulimia*. El nombre de esa nueva enfermedad, de la que tanto se hablaba en la televisión, les parecía relacionado con su caso. Siniša, además, estaba convencido de que esa dolencia acabaría por convertirle la cabeza entera en una enorme bola roja. Todos se habían cruzado ya con el hombre del cuerno rojo, aseguraba Mario, excepto yo. Siniša no paraba de contar chistes relacionados con el personaje. Se decía que una vez, en Vidikovec, según la versión del chafardero más célebre de Pula, una turista alemana se había alejado del hombre caminando a reculones y así, sin girarse y en estado de *shock*, había llegado hasta su hotel en Verudela. Una familia italiana, por su parte, había denunciado la existencia del hombre contrahecho a la policía y a la embajada italiana en Belgrado. Mis dos amigos, Mario y Siniša, me aseguraban que era imprescindible que yo lo viera. Solo la mitad de su cabeza era normal, la otra mitad estaba hinchada y roja como la pulpa de una sandía.

No necesité más argumentos. Nos pusimos a caminar los tres juntos en dirección al Hogar de los Solteros. Pasamos por delante del supermercado y cruzamos la calle Vitezić. En ese edificio de color blanco, de forma rectangular, donde nunca sucedía nada, también vivían, además del hombre de la cabeza desfigurada, los trabajadores del astillero Uljanik. Después de su dura jornada de trabajo en la empresa estatal, pasaban las tardes sentados tomando el fresco, bebiendo con parsimonia sus cervezas marca Nikšićko u otras procedentes de Sarajevo y rumiando sus eternos temas bosnios. Ellos

vivían en un mundo aparte, en un mundo paralelo, en un mundo invisible, a pesar de que su edificio se encontraba junto a los bloques de pisos donde vivíamos nosotros. Solo se relacionaban entre ellos, y se reunían por la noche en la sala comunitaria del Hogar para ver las noticias, la transmisión de un partido de fútbol o alguna serie producida en el país.

Mis dos amigos, siempre tan bien informados, me contaron que el tipo del cuerno rojo se pasaba el día delante del televisor. Seguía sin pestañear la programación de la televisión de Zagreb desde buena mañana, primero la serie *Smogovci* y luego los documentales seleccionados por el legendario periodista Đelo Hadžise-limović. Siniša me dijo que los inquilinos habían hecho una colecta y le habían comprado un pequeño televisor, que habían instalado en su habitación, pero él seguía yendo a la sala comunitaria, sin hablar nunca con nadie. Mario añadió que Vaha, el soldador, había intentado provocarle un día cambiando de programa cada diez minutos, pero el tipo ni se había inmutado, como si le resultara del todo indiferente lo que estuviera viendo.

Charlando así con mis amigos, llegamos delante de la puerta del Hogar. Mis expectativas eran grandes, tan grandes, quizás, como la noche que me escapé de casa para ir a ver en secreto, antes del estreno, a los artistas del circo, que habían plantado su carpa junto al estadio del club de fútbol Istra. Mientras avanzábamos protegidos por la hierba alta, arrastrándonos por el suelo, y mucho antes de que pudiésemos llegar hasta la carpa y mirar en su interior, una niña gitana nos ahuyentó con sus gritos. Aquel ser frágil nos asustó tanto que los tres huimos sin detenernos hasta llegar a Patinaggio.

Ese día, el ambiente en el Hogar no podía ser más distinto del que esperábamos encontrar. En vez de un tipo solitario con un cuerno rojo, en la pequeña sala comunitaria, delante del televisor, no quedaba ni un solo hueco. Los hombres tenían la vista clavada en la pantalla, donde, según me pareció, daban noticias. El clima que se respiraba me recordó la tensión vivida el año anterior durante el inolvidable partido de octavos de final contra España. Después del segundo gol de Piksi, la policía había tenido que intervenir para calmar la euforia de los obreros, y Ramo había acabado en el hospital después de besar el televisor y la antena y provocar un cortocircuito.

Doce meses más tarde, Siniša, Mario y yo descubrimos con gran sorpresa, mientras buscábamos entre la multitud de espectadores del telediario al «hombre sandía», que allí los aficionados que estaban a favor de la República Federativa Socialista de Yugoslavia eran una minoría. La mayoría estaba bajo el control de Milo Lola Ribar, conocido por su costumbre de vaciar una o hasta dos cajas de diez cervezas cada día. Era él quien ahora gritaba más fuerte, repitiendo que jodan a Yugoslavia, porque el año anterior el gobierno ya se había arrodillado delante de los *ustashe*² de Argentina, y un país que se rebajaba de esa manera a él ya no le interesaba para nada. A su lado, justo delante del televisor, estaba el Pequeño Mirsa, de solo dieciséis años, con un rostro más anguloso que el del actor Bata Živojinović, y que se comportaba de acuerdo con ese aspecto tan severo. En aquel momento se dirigía a los presentes con la máxima seriedad y les advertía de que se les había acabado lo de tomar el sol, el agosto entero de vacaciones y los fuegos

artificiales en la anfiteatro romano de Pula, pero no explicó por qué. Allí se encontraban también otros personajes cuya máxima afición en la vida era gritar, pero sus discursos eran demasiado insulsos y se mezclaban con las voces de la multitud, por lo que sus palabras resultaban indescifrables, si bien sus rostros hinchados y enrojecidos por el esfuerzo daban a entender que no escatimaban esfuerzos para hacerse notar.

Incapaces de penetrar entre la muchedumbre, mis amigos y yo nos quedamos en la entrada. Justo a nuestro lado teníamos al famoso operador de los cines de Pula, que se llamaba Cera. Cera nos dejaba entrar gratis a las sesiones de noche en la sala del cine Belgrado porque éramos sus «peques», como él decía. La sala habitualmente estaba vacía porque todos sabían que a Cera después de las ocho de la tarde se le cruzaban los cables, y entonces proyectaba las películas a partir de la mitad o giraba la bobina y la acción iba desde el final al principio. A pesar de su pasión por el *biska*, el orujo de Istria, Cera era una de las personas más amables que he conocido jamás. Aquel día, al ver que ninguno de nosotros tres tenía ni idea de lo que estaba sucediendo, se dio la vuelta y nos dijo: «Que los eslovenos se vayan a bañar al mar de Luxemburgo, si Yugoslavia ya no les parece suficiente».

Comprendimos que a Cera ese día los cables se le habían enmarañado mucho antes que de costumbre, así que continuamos observando a la muchedumbre hipnotizada por las noticias que nosotros no acabábamos de entender. Estábamos convencidos de que hasta un programa como *TV calendario* era más interesante que el telediario. No comprendíamos de qué estaba discu-

tiendo toda esa gente. Siniša y Mario propusieron que nos esfumáramos y se fueron de vuelta a nuestro bloque de pisos, pero yo quería descubrir al hombre del chichón enorme y di un paso adelante para tener mejores vistas sobre el gentío. Entre la multitud de espectadores enardecidos que se amontonaban delante del único televisor no descubrí al «hombre sandía». En cambio, lo que sí vi por los grandes ventanales traseros fue a mi propio padre, que andaba en dirección a casa sin detenerse primero en el Hogar.

Todos los días, al salir del trabajo, mi padre tenía la costumbre de visitar a los obreros al menos durante unos minutos. Bebía allí una cerveza, se enteraba de las noticias del día y las comentaba un poco, sobre todo con el Pequeño Mirsa, que era quien le inspiraba más confianza. Aquel día, el Pequeño Mirsa voceaba furioso subido a una silla frente a los hombres allí reunidos. Mientras él les gritaba que había llegado ya el momento de que hasta los idiotas acabaran entendiéndolo todo, mi padre caminaba, inmerso en sus pensamientos, sin hacer caso a nadie ni prestar atención alguna a lo que estaba sucediendo a solo unos metros de distancia.

Quise atravesar la multitud para alcanzarle cuando pasara delante de la entrada del otro lado del edificio, pero me di cuenta enseguida de que empujar a los que gritaban y tratar de apartarlos a la fuerza iba a significar jugar con mi suerte, y que rápidamente me caería una de esas palizas de «obrero». Así que me di la vuelta, salí y me dispuse a esperar a mi padre delante del supermercado. Vi que caminaba inusualmente lento, por lo que no había peligro de que se me escapara.

Tenía la mirada vacía, como la mirada de un ciego. Yo

estaba parado delante de la tienda y lo observaba mientras él se iba acercando. Por un momento pensé que iba a ser capaz de pasar de largo frente a mí como había pasado por delante de la multitud en el Hogar de los Solteros. «Pasó de largo como si pasara junto a un cementerio turco», decía mi tía Enisa. Pero no, me vio y me abrazó con todas sus fuerzas, casi sin dejarme respirar. Pude sentir bajo su uniforme los músculos esculpidos de su abdomen, que tanto le gustaba mostrar mientras se internaba despacio en las aguas poco profundas de la bahía de Gortan. Mi madre y yo solíamos bromear sobre ese exhibicionismo, y él siempre nos respondía que no era bueno tirarse directamente y que uno debía esperar a que el cuerpo cogiera la temperatura del agua. Mi padre nunca bebía en el trabajo, y no sé cuántas veces le oí decir que Yugoslavia era el único país del mundo donde la gente bebía más durante la jornada laboral que después y que, por esa razón, el Estado tenía las horas contadas. En ese momento, sin embargo, mientras me estrechaba contra su pecho con sus fuertes brazos, pensé que probablemente estaba borracho.

Finalmente me soltó, pero solo para cogerme con más fuerza; atrapó mis manos y me arrimó contra su pecho. Luego me observó con una mirada extraña y tan prolongada que pensé que se le había ido definitivamente la cabeza, y me preguntó como si no pasara nada que si le quería acompañar al mercado a comprar un muñeco de He-man.

Algo no cuadraba. Las figuritas de plástico de los protagonistas de dibujos animados eran mis juguetes preferidos, pero mi madre había prohibido terminantemente nuevas adquisiciones porque ya tenía tres He-mans en

casa y eso era suficiente. Ella consideraba que esos muñecos eran demasiado caros y que yo ya no tenía edad para esos juegos. Añadía que él me los compraba porque yo era un consentido, y al decir eso, miraba de una manera comprometedora a mi padre, que pretendía no darse cuenta de nada.

Caminábamos hacia la plaza en silencio. Habitualmente, mi padre se paraba cada pocos metros para saludar a sus conocidos y por lo general aquellos paseos solían acabar conmigo cargado con un cesto de verduras y de vuelta en casa mientras él se quedaba allí hasta la noche para tomar un trago, «sin sentarse siquiera», con Vlatko y Mate. Luego, por la noche, cuando llegaba, abrazaba a mi madre, borracho. Ella le evitaba, ofendida, y le iba repitiendo que la semana siguiente solo tendría a sus borrachos para abrazar. Aquel día, en cambio, mi padre atravesaba Pula con la cabeza gacha. Durante el trayecto no hizo ni el más mínimo ademán de saludar y, con gran sorpresa mía, no mostró ninguna intención de pararse junto a la casa derrumbada que había cerca del parque de Nikola Tesla, donde siempre nos deteníamos para contar, como si de un ritual se tratara, cuántos «púberes» se habían reunido de nuevo en el patio abandonado, en una de cuyas paredes se veía una enorme pintada que había aparecido allí dos años atrás: KOSOVO REPÚBLICA — ISTRIA CONTINENTE.

Los «púberes» era el nombre que mi padre y yo habíamos decidido darles un día a los jóvenes gitanos. Esos chiquillos tenían la costumbre de irse a bañar en grupo al largo muelle de Valkane, donde se metían al agua

vestidos con camisetas de manga corta. Milan, el hijo de Jovan, que era un adolescente tímido y delgado, también se bañaba siempre con su camiseta de manga corta, pero lo hacía para esconder sus costillas prominentes delante de las chicas de la clase.

Nunca descubrí lo que escondían bajo sus camisetas los gitanillos de Valkane, y debo reconocer que tampoco me despertó ninguna curiosidad. A mi padre, los gitanos le gustaban sobremanera, y a menudo me repetía que él también era uno de ellos. Especialmente cuando vaciaba la botella de *slivovka*³ de la cartuja de Pleterje que le procuraba su amigo Stanežič, solía explicar entonces con una expresión grave en el rostro que sus padres eran gitanos, y que cuando él era un niño de pecho, sus padres, que ya tenían otros dieciocho gitanillos, le olvidaron entre sus trastos de circo, mientras abandonaban la ciudad de Futog, en Vojvodina, y que, a causa de esa triste circunstancia, le adoptaron un amable hombre serbio y una aún más amable mujer húngara que, por desgracia, murieron prematuramente, y que él, siendo todavía solo un chiquillo, quedó bajo la custodia del Ejército Popular Yugoslavo. A la gente le gustaba escuchar a mi padre porque era muy elocuente y siempre estaba alegre. Pero los que le escuchaban no sabían si a causa de ese relato debían sentir lástima o si su destino era tan interesante que uno debía sentir envidia.

No sé si a mi padre realmente lo abandonaron unos artistas de circo gitanos o no. Más bien me parece que se inventó esa historia para dar algo de decoro a la triste realidad de que era un huérfano educado por generales y capitanes. Su simpatía hacia los gitanos facilitaba mis compras de He-mans, porque en Pula quien vendía las

figuritas era el gitano Maki. Mi padre era capaz de regatear el precio infinitamente. Estaba dispuesto a invertir media hora de su tiempo para conseguir que un muñeco que le hubiese costado ocho dinares le costase cuatro. Y al final, Maki, resignado con la derrota, le iba repitiendo que comprar la pieza al precio de cuatro dinares no era otra cosa que robar a los vendedores honestos de artículos de contrabando. Luego, mi padre le ponía en la mano un billete de diez, le daba unos golpecitos en la espalda y le decía, antes de irse, que nunca había conocido a un gitano tan honesto como él.

Pero aquel día no hubo regateo. Sin decir nada, mi padre puso el billete en la mano de Maki. No tuve tiempo ni de echar una ojeada al resto de los artículos que tenía expuestos el gitano; cuando me di cuenta, mi padre ya había desaparecido entre la muchedumbre del mercado de Pula. En aquel momento sentí por primera vez en mi vida miedo por él y, con una sensación de pánico, empecé a abrirme paso entre la gente. Me asustó que mi padre, tan pensativo como andaba, pudiera bajar a la calzada sin mirar siquiera a izquierda y derecha, y que uno de aquellos turistas italianos que conducían sus vespas a lo loco, y hasta borrachos, lo pudiera atropellar. Di vueltas por el mercado con mi nuevo muñeco de plástico en la mano, cada vez más nervioso, y choqué con señoras ataviadas con vestidos de motivos florales. Mi padre había desaparecido. Por un momento pensé que podía haberse olvidado de que había venido al mercado conmigo y que simplemente se había ido a casa a almorzar. Pero luego le vi delante de la entrada del supermercado, buscándome por los alrededores con la mirada perdida. Quise salir corriendo hacia él, pero

alguien me puso la mano sobre la espalda y me clavó al suelo. Me giré y vi a Maki que me miraba, preocupadísimo, con sus ojos negros y grandes: «Está raro tu viejo hoy. ¿No será que él también se tiene que ir de la ciudad porque le obligan a un traslado forzoso?».

Nunca antes había oído la expresión «traslado forzoso» y no me podía ni imaginar qué significaba. Yo tenía entonces once años y lo único sobre lo que fantaseaba era con que ese año Mario ya le podría pedir a su padre la motora y mis dos amigos y yo podríamos ir solos de excursión hasta el islote de Fratar.